



Mark Twain

El vendedor de ecos

E LEJANDRIA

**Libro descargado en www.elejandria.com, tu sitio web de obras de
dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!**

El vendedor de ecos

Mark Twain

¡Desdichado caminante! Su actitud
humilde, su mirada triste, su ropa, de buena
tela y buen corte, pero hecha jirones —último
resto de un antiguo esplendor—, conmovieron
aquella cuerda, solitaria y perdida, que llevo en lo más oculto de mi corazón,
desierto ahora. Vi
la cartera que el forastero tenía bajo el brazo y me dije:
—¡Contempla, alma mía! ¡Has caído una
vez más en las garras de un viajante de
comercio!
¿Cómo librarme de él? ¡Vano intento!
¿Quién se libra de ninguno de ellos? Todos tienen un no sé qué, algo
misterioso que
interesa.
No me di cuenta de la agresión; recuerdo
sólo el momento en que era todo oídos, todo

simpatía para escuchar las palabras del hombre de la cartera.

Su narración comenzaba así:

—Era yo muy niño, ¡ay!, cuando quedé

huérfano de padre y madre. Mi tío Ituriel era

bueno y afectuoso. En él encontré un tierno apoyo. Era el único pariente con que yo contaba

en esta inmensa soledad de la tierra. Mi tío

poseía bienes de fortuna y disponía de ellos

generosamente. No sólo me educó, sino que

satisfizo todos mis deseos, o, por lo menos, me

proporcionó los goces que pueden comprarse

con oro.

"Terminados mis estudios, partí para hacer

un viaje por el extranjero. Iba acompañado de

un secretario y de un ayuda de cámara.

Durante cuatro años, mi alma sensible fue una

mariposa que revoloteó por los jardines

maravillosos de las playas lejanas. ¿Me

perdonará usted el empleo de esta expresión?

Soy un hombre que siempre ha hablado el lenguaje de la poesía. En esta ocasión me siento más libre para hablar así, porque en los ojos de usted adivino una chispa de fuego divino.

Viajando por los países lejanos, mis labios probaron la ambrosía encantadora que fecunda el alma, el pensamiento y el corazón. Pero lo

que, sobre todo, me interesó, lo que solicitó el amor que mi naturaleza tributa a lo bello, fue la costumbre que tienen los ricos de coleccionar

objetos elegantes y raros. Y así fue como en una hora funesta sugerí a mi tío Ituriel la idea de que se dedicara al pasatiempo exquisito del coleccionista.

"Le escribí una carta en la que mencionaba la colección de conchas formada por un caballero, y otra de pipas de espuma de mar.

Refería mi visita a un nabad que tenía millares de autógrafos indescifrables, de esos que adora un espíritu naturalmente dispuesto a las cosas nobles. Y gradualmente mi correspondencia fue

de un interés cada vez mayor, pues no había carta en que no mencionase las chinas únicas, los millones de sellos postales, los zuecos de campesinos de todos los países, los botones de hueso, las navajas de afeitar... Tardé poco en darme cuenta de que mis descripciones habían producido los frutos que yo esperaba de ellas.

Mi tío empezó a buscar un objeto digno de interesarle como coleccionista. Usted sabe, sin duda, la rapidez con que se desarrolla un gusto de este género. El de mi tío no fue gusto; fue furor, antes de que yo tuviese conocimiento exacto de los avances de aquella pasión dominadora. Supe que mi tío no se ocupaba ya en su gran establecimiento para la compra y venta de puercos. Pocos meses después se retiraba de los negocios, no para descansar, no para recibir el premio de sus afanes, sino para consagrarse, con una rabia delirante, a la busca de objetos curiosos. He dicho que mi tío era

rico; pero debo agregar que era fabulosamente
rico. Puso toda su fortuna al servicio de la nueva afición que lo devoraba.
Comenzó por
coleccionar cencerros. En su casa, que era
inmensa, había cinco salones llenos de
cencerros. Se diría que en aquella colección
había ejemplares de todos los cencerros del
mundo. Sólo faltaba uno, modelo antiquísimo,
propiedad de otro coleccionista. Mi tío hizo
ofertas enormes por ese precioso cencerro; pero
el rival no quiso desprenderse de su tesoro. Ya sabe usted la consecuencia de
esto. Colección
incompleta es colección enteramente nula. El
verdadero coleccionista la desprecia; su noble
corazón se despedaza; pero, así y todo, vende
en un día lo que ha reunido en veinte años.
¿Para qué conservar una causa de tortura?
Prefiere volver su mente hacia un campo de
actividad virgen aún.
"Esa fue la resolución que tomó mi tío cuando vio que era imposible adquirir
el

cencerro final. Coleccionó ladrillos. Formó un lote colosal, del interés más palpitante. Pero volvió a presentarse la misma dificultad y volvió a romperse el corazón del grande hombre. Un día vendió su colección al afortunado bolsista que, después de retirarse de los negocios, tuvo la dicha de adquirir el ladrillo único, el que sólo existía en su museo.

Mi tío probó entonces las hachas de sílex y otros objetos que remontan a la época del

hombre prehistórico; pero casualmente

descubrió que la misma fábrica de

antigüedades proveía a otros coleccionistas en condiciones idénticas. ¿Qué hacer? Se refugió

en las inscripciones aztecas y en las ballenas

disecadas. Nuevo fracaso, después de fatigas y

gastos increíbles. Cuando su colección parecía

perfecta, llegó de Groenlandia una ballena

disecada, y a la vez se recibió de la América

Central una inscripción que dejaba reducidas a

cero todas las adquisiciones anteriores de mi tío. Éste hizo esfuerzos inimaginables para quedarse con la ballena y con la inscripción.

Logró, en efecto, adquirir la ballena; pero otro aficionado se adueñó de la inscripción. Sabéis que un auténtico jeroglífico azteca es de tal valor, que si alguien llega a adquirirlo, antes sacrificará su familia que perder tal tesoro. Mi

tío vendió las inscripciones, inútiles por falta de la inscripción definitiva. Su encanto se había

desvanecido. En una sola noche, el cabello de aquel hombre, que era negro como el carbón, se quedó más blanco que la nieve.

"Mi tío reflexionó. Un nuevo desengaño lo mataría. Resolvió entonces tomar como objeto

de su experiencia algo que nadie coleccionaría.

Pesó cuidadosamente el pro y el contra de la decisión que iba a tomar, y una vez más bajó a la arena para luchar con denuedo. Se había propuesto iniciar una colección de ecos.

—¿De qué? —pregunté.

—De ecos, señor; de ecos. Primero compró un eco de Georgia. Era un eco de cuatro voces.

Después compró uno de seis en Maryland.

Hecho esto, tuvo la fortuna de encontrar uno de trece repeticiones en Maine. En Tennessee le vendieron, muy barato, uno de catorce, y se lo vendieron barato porque necesitaba

reparaciones, pues una parte de la roca de reflexión estaba partida y se había caído.

Supuso que, mediante algunos millares de dólares, podría reconstruir la roca y elevarla para aumentar su poder de repetición.

Desgraciadamente, el arquitecto no había hecho jamás un solo eco, y en vez de perfeccionar el de mi tío, lo echó a perder completamente.

Antes de que se emprendiera el trabajo el eco hablaba más que una suegra; después podía confundírsele con una escuela de sordomudos.

Mi tío no se desanimó y compró un lote de ecos

de dos golpes, diseminados en varios Estados y territorios de la Unión. Obtuvo un descuento del 20 por 100, en atención a que compraba todo el lote. La fortuna empezó a sonreírle, pues encontró un eco que era un cañón Krupp. Estaba situado en Oregón, y le costó una fortuna. Usted sabrá, sin duda, que en el mercado de ecos, la escala de precios es acumulativa, como la escala de quilates en los diamantes. Las expresiones son casi las mismas en uno y otro comercio. El eco de un quilate vale diez dólares más que el terreno en que está situado. Un eco de dos quilates, o voces, vale treinta dólares, más el precio del terreno; un eco de cinco quilates vale novecientos cincuenta dólares; uno de diez, trece mil dólares. El eco que mi tío tenía en Oregón, bautizado por él con el nombre de "Eco Pitt", porque competía con el célebre orador, era una piedra preciosa de veintidós quilates, y le costó ciento dieciséis mil dólares. El terreno salió

libre, porque estaba a cuarenta millas de todo lugar habitado.

"Yo entretanto había seguido un sendero de rosas. Era el afortunado pretendiente de la única y bellísima hija de un lord inglés, y estaba locamente enamorado. En la cara presencia de la beldad, mi existencia era un océano de ventura. La familia me recibía bien, pues se sabía que yo sería el único heredero de mi tío, cuya fortuna pasaba de cinco millones de dólares. Por otra parte, todos ignorábamos que mi tío se hubiese hecho coleccionista, o, por lo menos, lo creíamos poseído de una afición inofensiva, hija del deseo de buscar las emociones del arte.

"Pero sobre mi cabeza inocente se acumulaban las nubes tempestuosas del infortunio. Un eco sublime, conocido después en el mundo con el nombre del Kohinoor o

"Montaña de la Repetición Múltiple", acababa de ser descubierto por los exploradores. ¡Era

una joya de sesenta y cinco quilates! Parece fácil decirlo. Pronunciaba usted una palabra, y si no había tempestad, oía usted esa palabra durante quince minutos. Pero aguarde usted. A la vez surgió otro hecho. ¡Había un rival! Cierta colecciónista se levantaba frente a mi tío, en

actitud amenazadora. Ambos se precipitaron para concluir aquel negocio único. La propiedad se componía de dos colinas, con un valle de poca profundidad que las separaba.

Quiso la suerte que los dos compradores llegaran simultáneamente a aquel paraje remoto del Estado de Nueva York. Mi tío ignoraba la existencia y pretensiones de su enemigo. Para mayor desgracia, el caso era de dos propietarios: el señor Williamson Bolívar

Jarvis poseía la colina oriental, y la otra estaba situada en un terreno del señor Harbison J.

Bledso. La línea divisoria pasaba por la cañada

intermedia. Mi tío compró la colina de Jarvis por tres millones doscientos ochenta y cinco mil

dólares; en el mismo instante, el rival compraba la colina de Bledso por una suma algo mayor.

"No le será a usted muy difícil darse cuenta de lo que seguiría. La mejor y más admirable

colección de ecos se había truncado para siempre, mutilado como estaba el rey de los ecos del universo. Ninguno de los dos coleccionistas quiso ceder, y ninguno de los dos consideraba de valor la parte de eco que había adquirido. Se profesaron desde entonces un odio cordial; disputaron; hubo amenazas por una y por otra parte. Finalmente, el coleccionista enemigo, con una maldad que sólo es concebible en un coleccionista, y eso cuando quiere dañar a su hermano en aficiones, empezó a demoler la colina que había comprado.

"Quería todo el eco para sí; nada dejaría en manos del enemigo. Quitando su colina y

llevándosela, el eco de mi tío quedaría sin eco.

Mi tío pretendió oponerse. El malvado repuso:
'Soy propietario de la mitad del eco, y me place
suprimirla. Usted es dueño de la otra mitad, y
puede hacer con ella lo que le convenga'.

"La oposición de mi tío fue llevada ante un
tribunal. La parte contraria apeló ante un
tribunal de orden más elevado. De allí pasó el
asunto a un tercer tribunal, y así sucesivamente
hasta llegar a la Corte Suprema de los Estados
Unidos. Esto no dio claridad al negocio. Dos de
los magistrados del Tribunal Supremo
dictaminaron que un eco es propiedad mueble,
por no ser visible ni palpable. Se lo puede
vender y cambiar; se le puede imponer una
contribución, independientemente del fondo en
que produce su sonido. Otros dos magistrados
opinaron que un eco es inmueble, pues no se lo
puede separar del terreno a que se halla
adherido. Los miembros que no eran de uno u
otro parecer declararon que un eco no

constituye propiedad mueble o inmueble, y que no se lo puede hacer objeto lícito de un contrato.

"La resolución final dejó establecido como verdad legal que el eco es propiedad y las colinas también; que los dos coleccionistas eran propietarios, distintos e independientes, cada uno de la colina que había comprado, pero que el eco es una propiedad invisible, por lo que el demandado tenía pleno derecho para la demolición de su colina, puesto que le pertenecía en plena propiedad, si bien debía pagar una indemnización calculada sobre la base de tres millones de dólares por los daños que pudieran resultar a la parte de eco perteneciente al demandante. En el mismo fallo se prevenía a mi tío que no podía hacer uso de la colina de la parte contraria para la reflexión de su eco sin el consentimiento del interesado.

Si el eco de mi tío no funcionaba, el tribunal lo sentía mucho, pero no podía remediar la

situación, derivada de un estado de derecho. A su vez el otro propietario debía abstenerse de emplear la colina de mi tío con el mismo fin de reflejar sonidos reflejados primero en su propia colina, a menos que se le diese el consentimiento del caso. Naturalmente, ninguno de los dos quiso dar ese consentimiento en favor del vecino y adversario. El noble y maravilloso eco, soberano de todos los ecos, dejó de resonar con su voz grandiosa. La inestimable propiedad quedó sin uso ni valor.

"Faltaba una semana para la boda, y estaba yo más engolfado que nunca, nadando en el piélagos de mi ventura, cuando llegó la noticia de la muerte de mi tío. Toda la nobleza de los alrededores y de otras muchas partes del reino se preparaba para asistir a mi unión con la hija del ilustre conde. Pero, ¡ay!, mi bienhechor había desaparecido. Todavía hoy siento el

corazón atribulado, recordando aquel momento. A la vez que la noticia de la defunción, llegó el testamento del difunto. Yo era su heredero universal. Tendí el pliego al conde para que lo leyera. Yo no podía hacerlo, pues el llanto nublaba mis ojos. El noble anciano leyó aquel documento, y me dijo con tono severo: '¿A esto llama usted riqueza? Tal vez lo sea en el vanidoso país de donde usted procede. Veo, caballero, que la única herencia de usted es una inmensa colección de ecos, si se puede llamar colección algo que está disperso en todo un continente. Aún hay más: las deudas de usted le llegan hasta arriba de las orejas. Todos los ecos están hipotecados. Yo no soy duro ni egoísta, pero debo velar por el porvenir de mi hija. Si usted fuera dueño siquiera de un solo eco libre de todo gravamen, si pudiera usted retirarse con mi hija a vivir tranquilo en un rincón apartado y ganar el

sustento, cultivando humilde y penosamente
ese eco, yo daría de buena gana mi
consentimiento para el matrimonio; pero usted
está en las fronteras de la mendicidad, y yo
sería un criminal si le diera a mi hija. Parta
usted, caballero. Llévase usted sus ecos
hipotecados, y le ruego que no se presente más
en esta casa'.

"Celestina, la encantadora y noble hija del
conde, lloraba desconsoladamente, y se colgaba
de mi cuello con sus amantes brazos. Juraba
que se casaría conmigo, aunque yo no tuviese
el eco más insignificante en este mundo. Sus
ruegos, sus lágrimas, su desesperación fueron
inútiles. Se nos separó. Ella languidecía en su
hogar, y un año después dejaba de existir. Yo
triste y solo, arrastrándome penosamente por el
camino de la vida, busco el reposo que nos
reúna en el reino de los bienaventurados. Allí la maldad no tiene imperio; allí
los desgraciados

encuentran la morada de la paz. Si quiere usted dirigir una mirada a estos planos que traigo en la cartera, podrá adquirir un eco en mejores condiciones que cualquiera de los que le ofrezcan en el mercado. Aquí hay uno que costó diez dólares hace treinta años. No hay maravilla igual en Tejas. Se la dejaré a usted por...—Permítame usted que lo interrumpa.

Hasta este momento, querido amigo mío, mi existencia ha sido un continuo martirio,

causado por los agentes viajeros. He comprado una máquina de coser que no necesitaba, puesto que soy soltero. He comprado una carta geográfica que contiene falsedades hasta en sus datos más insignificantes. He comprado una campana que no suena. He comprado veneno para las ratas, y éstas lo prefieren a cualquier otro alimento, pues las engorda más que el mejor queso de Flandes. He comprado una infinidad de inventos impracticables. Es

imposible sufrir más de lo que he sufrido. Aun cuando me regale usted sus ecos, no los quiero.

¿Ve usted ese fusil? Lo tengo para los viajeros de comercio. Aproveche usted la oportunidad, y huya antes de que la cólera me ciegue. No quiero derramar sangre humana.

Él sonrió dulcemente, con expresión de profunda tristeza, y entró en consideraciones de orden filosófico.

—Usted sabe —me dijo— que quien abre su puerta a un viajante de comercio, debe sufrir las consecuencias. El mal está hecho.

Discutimos, pues, durante una hora, y al cabo de ella, yo acabé por transigir. Compré un par de ecos de dos voces cada uno, en condiciones que no eran del todo malas. Para mostrarme su gratitud, el viajante me dio otro eco que, según me dijo, no tenía salida, pues sólo hablaba alemán. Había sido políglota, pero quedó reducido a aquel idioma gutural por desperfectos en

el órgano de reflexión.

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

**Descubre nuestra colección de obras de dominio público en
castellano en nuestra web**